

Luis Adelantado
Valencia

Lejos de mañana
Cachito Vallés

Del 17 de Mayo al 6 de Septiembre de 2024

VIEJO. – (con sigilo) Sí, hay que recordar hacia mañana.
JOVEN. – (absorto) ¡Hacia mañana!

Federico García Lorca
Así que pasen cinco años, leyenda del tiempo en tres actos.

Cachito, ¿recuerdas cuando el tiempo nos desbordaba? Se nos echaba encima y se nos hacía incomprensible. No sabíamos entonces ni cómo pensar la realidad sin él, pues apenas podíamos decir qué era, aparte de la experiencia de la realidad misma.

¿Era una condición de nuestra mente que precedía a los objetos? ¿O consistía en esos pocos sucesos que alcanzábamos a observar y predecir, dictando su ritmo a los otros muchos que evadían toda mensura? Era, seguro, la división agónica que escandía el infinito. La posibilidad de cesar a cada paso mientras algo sujetaba a las cosas en su ser. No el tiempo. Fuera de él. No éramos capaces de imaginarlo más que fraccionado, por no ser nosotros mismos sino una fracción. Y, como además de la inteligibilidad necesitábamos el sentido, nos inventamos dos trayectorias para orientar sus designios, una que iba hacia atrás y otra, hacia delante.

Todo eso pasó o está por pasar. Ha quedado suspendido en este limbo desde el que escribo. LEJOS DE MAÑANA, como titulaste entonces, pero no mucho más cerca de ayer y, aun así, con un pie en ambos dominios, me propongo recordar algo que todavía no ha pasado. Es por eso que quizás trastoque a cosa hecha obras y emplazamientos. Tengo presente, por ejemplo, que voy a empezar hablando de lo último, pero ya dejó dicho Heráclito, el oscuro de Éfeso, que el camino para subir y el camino para bajar eran uno y el mismo. En estas salas, hechas de ascensos y descensos, vamos a subir hasta el final para bajar luego al principio y quedar, finalmente, detenidos a mitad de camino.

Así, pensando hacia atrás, me viene a la mente una imagen tuya, sentado frente a la pantalla. Alguien (tú) escribía las órdenes. Una máquina dibujaba lo que se le había ordenado, que resultaba ser otro modo de escritura. Entre medias había una descarga, un volcado de información a cuyo través las dos grafías se espejaban, ligadas como la causa y la consecuencia, disímiles en la pura faz del signo: caracteres convencionales, de un lado; línea y forma abstracta, del otro.

Luis Adelantado
Valencia

Cada marca impresa en esas obras, TRACES, venía de un comando dictado en aquel áspero lenguaje, creado por una lógica que no es la de la representación, sino la de una radical economía simbólica. Lo vuelvo a decir: las líneas que dejabas escritas anticipaban un resultado futuro; la máquina empleaba en su tarea un lapso que era función del que te tomabas en escribir el programa que la movía. Entre esos dos momentos, el de la escritura y el de la máquina en marcha, mediaba una transmisión, una descarga súbita. Un pestañeo. Pienso que había en todo ello un juego mimético, como si quisieras reproducir en un modelo nuevo, diáfano, la manera en que la mente induce inadvertidamente los movimientos del cuerpo, quizás para revelar cuánto de oscuro y visceral hay en ese simple pestañeo nuestro. Así, como las marionetas de Von Kleist, estas pinturas de trazas y otras que llamabas NULL y que nunca traspasaron el cristal líquido de la pantalla nos parecían, en su inconsciencia, seres infalibles, casi como dioses. Y, sin embargo, eran tus dedos sobre el teclado quienes les otorgaron su vida preclara, hecha, a imagen nuestra, de corrientes flujos y resistencias; del balance entre lo que entra y lo que sale.

Pasado y futuro se combaban, describiendo un arco tan cerrado que sus extremos estaban a punto de tocarse. Entre tanto, una máquina seguía dibujando figuras sobre la tela. Podíamos ignorarla sin alterar el resultado, pero conseguía captar nuestra atención y someternos a una rara hipnosis. Esa vigilancia atenta se podía comparar a un ejercicio contemplativo, pues no había coerción, ni apenas mirada. Sencillamente esperábamos la orden que se hacía presente, la emisión definitiva de cada trazo, lo inevitable. Incluso sin su trazadora, no puedo evitar ponerme en ese estado cuando vuelvo a enfrentar esas pinturas. Siento que me sumo (ya en presente) a algo vivo que parece generarse ante mis ojos pero que, en realidad, está cumplido. Algo por hacer que ya está hecho. ¿Te pasa a ti también? ¿Sigues oyendo el zumbido del motor allí, al fondo de la trama?

Siguiendo el camino que baja y sube volvamos ahora al principio, al espacio por el que se accedía a la sala aquel día. Recuerdo treinta y cinco paneles de metacrilato negro. Algo por encima de ellos, entonces y ahora, nos miraba todo el rato. Aquel artificio omnisciente que llamaste PANOPTICON reconocía nuestra presencia y reaccionaba a cada desplazamiento. Ante sus ojos no había posición neutral ni movimiento inocente. Nos enfrentaba y nos decía: “veo dónde estáis”, pero ¿cuánto sabía verdaderamente sobre nosotros? Los treinta y cinco paneles de metacrilato eran como otros tantos espejos de negra obsidiana, esos que, desde antiguo, convertían a las cosas y a los rostros en sus sombríos dobles. Una extensión aparte del mundo, sumida en el tiempo sin tiempo, abierta a pasados y porvenires ahondaba la superficie de aquellas láminas de polímero. Antes que violentados y coercidos por el ojo, estuvimos sometidos a la ilusión de esa comunicación insólita, de esa suerte de augurio bien o mal aventurado, que no era sino nuestro propio reflejo animando al ser que nos daba la réplica, triste híbrido –él y acaso nosotros– de amo y esclavo.

Luis Adelantado
Valencia

En otra pared se nos mostraba ZEPHYR, un telón negro brillante estirado sobre un bastidor metálico. Bajo la tela, cilindros huecos de acero y el aire impulsado a través suyo por motores y cifras. La tela se rizaba entonces y su superficie era agua desecha en ondas. Lo oculto era revelado, ya no solo en el patrón fluido y orgánico que tus números habían previsto, sino en el soplo que nos acercaba al oído una pregunta tras otra, como las que el espíritu del lago formuló al rey de la epopeya: “¿En quién está establecido el sol? ¿Qué es más pesado que la misma tierra? ¿Qué es más alto que los cielos? ¿Qué es más rápido que el viento? ¿Cuál es el verdadero control? ¿Qué es el camino? ¿Quiénes lo siguen? ¿Qué son las noticias? ¿Cuál es el mayor prodigio?” Interrogaciones acerca de los fenómenos de la naturaleza y su repliegue o su despliegue en el pensamiento, que es lo que allí se dirimía.

Tras el soplo y sus rumores y preguntas, subimos donde la luz. Aparte y en mitad de todo nos recibía allí HELIX, dibujando su volumen equívoco y fosforescente, sin adentros y sin afueras, ni sólido ni vacío. De las demás obras que hiciste con la luz y por la luz me salían dos categorías. Algunas, como HALO, hacían presente en la sala lo solar y lo celeste enmarcando una claridad fija o apenas cambiante. Las otras eran RETICULA(S): tiras de destellos pulsantes y coloreados que marcaban fases cortas y recorrían los límites de un entramado modular. Frente a las primeras nos quedábamos inmersos y absortos. Las segundas forzaban a la sincronía de la mirada con la duración que llevaban inscrita. De haber podido nos hubieran dicho: “mírame mientras duro”. Eran dos modos de la luz con el tiempo dentro, como decía el poeta y, aunque había infinitudes aparentes de un lado y rápidas repeticiones del otro, todo al final eran ciclos y bucles, análogos a otros ciclos y bucles (rotación, traslación, circulación, respiración) generándose sin fin, inabarcables hasta para el escrutinio más prolongado.

Así buscaban esos pulsos, inertes o eléctricos, acordarse con nosotros y ser descifrados y asimilados por nuestro organismo para hacerse, carne, sangre, oxígeno y linfa. Así se proponían programarnos y, abundando en su sintonía con las funciones del cuerpo, abrir un más allá del cuerpo mismo, como el que alumbra al visionario los órganos de su fisiología sutil, guiándolo por un espectro coloreado interior e invisible: del negro al rojo, del rojo al esmeralda. Pero todo eso nos quedaba muy lejos. No solo lejos de mañana, sino de cualquier tiempo. Mas cerca sentíamos, al subir y al bajar de nuevo, un eco de las cosas elementales, del agua, de la luz, del aire, del peso y del movimiento, en cuyos misterios, tan exactamente simulados digitalmente, habíamos sido iniciados a lo largo de un día ya completo. Nostalgias del pasado y del futuro, figuras y espejismos, divisiones contenidas en divisiones, ejes polares con el sur mirando al norte. Esos son mis recuerdos de lo que está por pasar. Esos y otros que me callo.

_José Miguel Pereñíguez

Luis Adelantado
Valencia

Sobre el artista

Cachito Vallés (Sevilla, 1986), realiza instalaciones new media que reflexionan en torno a la tecnología más allá de su funcionalidad. A través de la creación de softwares específicos, formaliza un lenguaje que transmite ritmos, mediante los cuales indaga y representa los estados del ser humano, y lo hace por medio de piezas llenas de vida que implican una combinación de luz, sonido y movimiento.

Representado por la Galería Luis Adelantado desde 2019, su trabajo ha sido expuesto en los últimos tiempos en el Museo Carmen Thyssen de Málaga, el Centro de Creación Contemporánea de Córdoba C3A, el Centre Pompidou de Málaga y el Centro Andaluz de Arte Contemporáneo.

Su obra forma parte de colecciones privadas en Italia, España y Suiza, así como de colecciones públicas como el CAAC de Sevilla, el CAC de Málaga, la Colección DKV y la Colección FCDP de Canarias, entre otras.

Luis Adelantado
Valencia

Bonaire, 6
46003 VALENCIA, Spain
T: (+34) 963 510 179
info@luisadelantado.com
www.luisadelantado.com

V L
L A

 Alhambra

Con la colaboración: